

# San Antonio de Padua

POR GUSTAVO VEGA B.

(Conferencia en la Hora Radial Bolivariana)

Por una incomprensible y rara presunción que no tiene razón de ser, cuando trátase de Santos se vuelca el ánimo hacia el aburrimiento. Mencionar vidas de Santos es para muchos, invitación al sueño o la despreocupación, es evocación de algo sin importancia, soso, baladí, añejo, propio tan sólo para beatos, devotos, espíritus post-trados y dormidos, para místicos.

Craso y grosero error que es prueba de inconciencia y de mal formado criterio, de carácter desorientado y chiquitos sentimientos.

Difícil encontrar dramas más intensos y vidas más sufridas, tragedias más reales y señas más precisas de humanas fuerzas sobrepuestas a los impulsos del mundo. ¿Por qué no pensamos un instante, apartados de toda inútil preocupación, sobre las vidas ejemplarmente magníficas de esos seres, hombres como nosotros, como nosotros humanos, acosados por los mismos inquietos pensamientos que tiranizan nuestros espíritus en los distintos momentos de la existencia? Si inquietudes superiores y nobilísimas inspiraciones orientaron sus actos hacia el destino sempiterno de la santidad, ninguna pretensión de vanidad puede apartarnos de sus figuras insignes para mirarlas escépticos o burlones, desinteresados o indiferentes.

Grande necesidad de edificantes ejemplos urge a las generaciones presentes. Inclita obligación natural nos asiste para doblegar nuestra voluntad al estudio reverente de las vidas preclaras. Instiguemos brevemente la intimidad de los santos, solícitos penetremos en sus destinos y apreciémosles obrando, moviéndose sobre el mundo y sobre sus defectos, domando sus naturalezas, lavándose del fango del pecado, puliendo sus espíritus al golpe sostenido de los más sufridos sacrificios, lavando hasta el martirio en el total ofrecimiento

de las voluntades, bajo el amparo de la luz de Dios. Así aprendéremos a vivir.

A estas horas de la vida, todos hemos tenido nuestros dolores y alegrías, conocemos levemente nuestro "abismo". Examinemos lo que somos, lo que hemos hecho y aquello que tendríamos que hacer para ganar la santidad; al final hallaremos una ecuación simple y absoluta, tres factores: vida, hombre, santo.

Semejantes considerandos confluyen hoy en el nombre de San Antonio de Padua.

De este varón sencillo no pocos escritores se han interesado para ocuparse de su personalidad de una manera unilateral. Algunos han discurrecido sobre él proyectando en conceptos muy justos, ya su figura de Doctor insigne, "arca del testamento" y "armario de las escrituras", como lo llamara el Papa Gregorio IX, ora su altísimo prestigio de santo milagroso. Enfoquemos en estas líneas la dos veces grande y prominente personalidad del santo paduano

A los trece años de la venida de Francisco de Asís, en el año 1295, nació en Lisboa el que fuera bautizado como Fernando de Bouillon, descendiente según algunos de Godofredo de Bouillon, reconquistador del sepulcro santísimo. Esta su estirpe natural.

No ha de permanecer mucho tiempo en la comunidad de San Agustín su primera familia espiritual. Cuando supo del martirio de los 5 protomártires de la Orden seráfica, deja a los agustinos y también su nombre de pila. Ahora nómbrese Antonio. Su espíritu inquieto y anhelante, muévase en continua aspiración de la que hubo de ser su felicidad máxima: la predicación franciscana. Era una voluntad creada para acciones apostólicas. Lucha incesante contra los impíos y divulgación del evangelio, fueron los síntomas precisos de su ministerio.

Una lección aprendida con clara y contundente ciencia del futuro nos da San Antonio al identificar pensamiento y acción. Si no, esa confianza en su destino cuando a los ojos sorprendidos de los burlones decía sin enfado: "Daréis gracias a Dios cuando sepáis mi canonización". Ninguna timidez, ni presunción, ni malicia, al decirlo. El piensa así, así lo dice. Sucede como él lo piensa. Estudió con tan maravilloso ímpetu la sagrada teología y la escritura sagrada, que San Francisco le nombró lector en la comunidad. Qué forma más austera y sobria de expresarlo. Toda la suavidad del padre seráfico en ello; dice el texto: "Al hermano Antonio, mi obispo, el hermano Francisco, salud. Me agrada que leas a los hermanos la Sagrada teología siempre que en el estudio no se extingan el espíritu de oración y devoción como se contiene en la Regla. Estés bien".

La predicación constituyó el asiento divino donde se conjugaron la sabiduría y la generosidad del divino Santo Y predicar en aquellas épocas no era cosa igual o semejante a como hoy es de usanza El verbo estaba unido a la virtud, la facultad al conocimiento. Por esos siglos de Tomás, Francisco, Antonio, Buenaventura, Alberto,

Lulio, y demás, la predicación llegaba hasta el alma que no a los sentidos. Hoy terminados los sermones sólo oímos estribillos así: "cómo se expresa de lindo el padre zutano", o bien "que tan bueno habla el padre fulano", y otros más escépticos dicen: "no lo hace mal del todo el padrecito ese". Cuando no se hace burla de la prédica, de las acciones y condiciones del orador. Raras veces escuchamos raciocinios serenos y serios ni asimilaciones precisas.

En aquellos otros días la predicación ganaba al cristianismo centenares de miles de almas, y cuando San Antonio dirigía sus sermones, dice Hello, "suspendíase todo trabajo como en los días de fiesta. Los jueces, abogados, los comerciantes, abandonaban sus asuntos y corrían a oírle. Entre los escuchas mezclábanse los habitantes de la ciudad con los del campo, que se levantaban presurosos para tomar espacio en el auditorio: las señoras acudían haciéndose alumbrar el camino con antorchas; la admiración y las conversiones eran resonantes, ardientes, ruidosas: se ponía en libertad a los deudores, las cárceles se abrían, los enemigos se abrazaban, todo el mundo se agolpaba al paso del Santo para tocar su vestidura".

La capacidad de expresión del santo de Padua alcanzaba sorprendentes resultados, pues con admirable tacto humano, caldeaba el ambiente y mezclaba en sus discursos admirables disquisiciones naturalistas. La botánica, la zoología, la fisiología, ciencias rudimentarias por ese entonces, las trataba con talento de hábil experimentador científico.

Nunca la oratoria había estado tan iluminada por el Espíritu Divino. Un día predicaba al aire libre y he aquí que se desata un vendaval; la gente se dispersa en desorden, pero el Santo exclama: "nadie se mojará". La lluvia cayó a torrentes en torno al lugar anegando los terrenos, más ninguno de los escuchas obedientes percibió la insolencia del agua inoportuna.

San Antonio era tan sencillo, tan simple, tan cordial y amable y dulce, que su palabra tenía el azote de fuego para los herejes, y la suave caricia de la verdad para los creyentes. En verdad las más hermosas virtudes constituyeron la heredad de San Francisco de Asís a sus hermanos. Tenía el poder de conquistar los animales con el arobo de su dulzura. Hablaba como dice Darío con el hermano lobo, hermanas estrellas, hermanos gusanos; las hermanas aves, los hermanos bueyes fueron sus amigos. Y así el milagro parece acompañar inexpugnablemente a la simplicidad del espíritu. Apreciemos cómo la vida entera del divino Antonio está plena de milagros y de pruebas manifiestas de su caridad al prójimo. Esta es una señal excepcional en las vidas de los santos.

Al narrar algunos de esos hechos milagrosos que ilustran la vida de San Antonio, puede apreciarse su confianza en Dios y su amor a las creaturas. "Un hombre rico había aumentado inmensamente su fortuna con la usura. Cuando hubo muerto, la familia rogó a San Antonio que pronunciara su oración fúnebre. "—De muy buena

gana”, — dijo el santo, y pronunció un sermón tomando por tema aquellas palabras del evangelio: “allí donde está tu tesoro, está tu corazón”. Acabado el sermón, dirigió la palabra a los parientes del muerto diciéndoles: “Id, revolved ahora los cofres de este hombre que acaba de morir; yo os diré lo que encontraréis entre los montones de oro y plata: encontraréis su corazón. Fueron allí, registraron. y entre las monedas encontraron un corazón humano, un corazón de carne y sangre. Lo tocaron con sus manos: estaba caliente”.

En Tolosa un hereje dijo a San Antonio que sólo un prodigio podía hacerle creer en la presencia real del Sacramento: “Dejaré a mi mulo tres días sin comida; después le ofreceré heno y avena: si se aparta de ellos para adorar la hostia consagrada, creeré en la presencia real”. El Santo aceptó la prueba. Pasados los tres días, tomó la Hostia en sus manos: el hereje presentó heno y avena al mulo hambriento, que los rehusó para ir a postrarse ante el Sacramento, y el hereje fue convertido.

Un día predicaba Antonio ante un auditorio herético y obstinado, en Rímini. Notó que sus palabras se estrellaban contra los oídos cerrados y los corazones endurecidos. Entonces interrumpióse y exclamó: “Levantaos y seguidme a orillas del mar”. El auditorio entró en curiosidad y siguió al Santo. Llegados a la playa, Antonio se volvió de cara a las olas, y dirigiéndose a los peces les dijo: “los hombres no quieren escucharme. Venid vosotros, peces, a escucharme en vez de ellos”. “En seguida multitud de peces se acercaron a la playa, asomando sus cabezas entre el agua y manteniéndose agrupados en orden perfecto. Los había de todas formas y dimensiones. Sus escamas brillaban al sol con reflejos de mil colores; ninguno vacilaba ni manifestaba temor: el brillante auditorio se mostraba imperturbable y ordenado; los peces más pequeños estaban junto a la orilla. los de mediano tamaño más atrás, y más allá los mayores. No eran menester allí guardias que mantuvieran el orden, el silencio y la inmovilidad”.

“Peces, hermanitos míos, dad gracias al Creador que os dió por morada tan noble elemento, que os puso en aguas dulces o saladas según vuestras necesidades. A El debéis los escondites donde os refugiáis durante las tempestades. El os bendijo en la creación del mundo, y cuando el Diluvio, os preservó de la muerte y del universal castigo. Vosotros, peces, hermanitos míos no tuvisteis necesidad de cobijaros en el arca, porque estabais en seguro en vuestro propio elemento. ¡De cuánta libertad disfrutáis! Con vuestras aletas andáis a donde os place. A uno de vosotros confió Dios durante tres días la guarda de Jonás. Tuvisteis también el honor de proporcionar a Jesucristo con qué pagar el censo. Le servisteis de alimento antes y después de su resurrección. ¡Oh peces, hermanitos míos, criaturas privilegiadas, alabad al Señor y dadle gracias!”

“Entretanto, los peces acudían de todos lados; como si por el mar se hubiera esparcido la voz de que hablaba un santo; la movedi-

za muchedumbre acudía a escuchar la palabra que por primera vez le explicaba sus desconocidos privilegios. Hubiérase dicho que los peces, acusándose de prolongada ingratitud, experimentaban la necesidad de conocer al fin sus motivos de agradecimiento”.

Un día sintiendo acercarse su fin bienaventurado, escribió a su Provincial pidiéndole permiso para retirarse a la soledad. Después que hubo escrito la carta, salió un instante de la celda, y al volver, la carta había desaparecido... sin embargo recibió contestación, pues la carta llegó a su destino sin que hombre alguno la llevara.

San Antonio, el Divino Doctor, murió diciendo: “Veo a mi señor Jesucristo”. Fue en el año de 1331, día 13 de Junio. A los 36 años, 4 meses y 13 días.

San Antonio afirmó el Primado de Cristo sobre todas las criaturas del mundo; sostuvo, basado en la letra sagrada, la Realeza Universal de Cristo; argumentó la predestinación de María Santísima, “en virtud según el espíritu de Santificación”; de allí dedujo que ella “es solio de la Gloria del altísimo desde el principio”; con evidente claridad comprobó las excelencias de la doctrina de la Inmaculada concepción; escribió también sobre la santísima Virgen diciendo que “es piedra del desierto porque es inarable y sobre ella el diablo no pudo hacer surcos”; que “es columna de nube, porque sostiene nuestra fragilidad y es inmune al pecado”; que “es trono de Dios, porque la bienaventurada María fue cándida de inocencia, fría sin ardor de concupiscencia”; sostuvo la doctrina de María Mediadora de todas las Gracias. Agrega el Padre Schaaf que el Santo de Padua habló no en pocas ocasiones sobre la Asunción de la Virgen y la devoción a la santa Sede. Y la devoción al sacratísimo Corazón de Jesús. Se lo llamó también martillo de los herejes porque combatió a los albigenses, los cátaros y patarenos.

Tan merecida y alabable fue la nobilísima vida de San Antonio de Padua que sólo a los once meses de su venturosa muerte fue agregado a la lista de los santos.

Hoy al celebrar en todo el mundo, el séptimo centenario de la muerte del Divino Antonio de Padua “Doctor óptimo”, la santidad de Pío XII otórgale para grande honra de la comunidad franciscana y de la humanidad, el nombre de Doctor de la iglesia Universal.

Los católicos, al acoger el libro y la flama de San Antonio, con un espiritual regocijo, debemos perpetuar esos símbolos en el alma de todos cuantos evocando la sagrada memoria del santo franciscano, lo hagan abriendo el corazón a una nueva aventura de fé, y la inteligencia hacia este eterno estandarte de vida.

